DISCURSO

pronunciado en la Distribución de premios

del

COLEGIO CATÓLICO DE MÉXICO,

el 14 de Diciembre de 1873.

Illmo Señor:

Señores:

El mundo está haciendo una gran fuerza para retrogradar al paganismo: tanto se estremecen y crujen las bases del orden moral, al empuje que hace nuestro siglo para subvertirlo, que llega á creerse que el infierno le presta esa pujanza. Bien merece el nuestro, que sobre su frente procaz y cínica, se grabe con fuego el tremendo anatema que como un rayo, lanzaba contra la cabeza del suyo, en una de sus más enérgicas odas, Horacio, ese Tácito de la poesía antigua. Como él podemos exclamar con razón. "Nuestro siglo es fecundo en toda especie de vergüenzas: ha manchado la santidad de la familia, bastardeado las razas y corrompido de raíz las generaciones."

El mal es inmenso, y en el orden humano ya no queda más que una sola esperanza de combatirlo. Para estimar el remedio en todo lo que vale, es necesario contemplar antes aterrorizados, el mal en toda su extensión y en toda su profundidad. Las leyes que rigen el mundo moral, son tan inflexibles como las que obedece el mundo físico. Como se piensa se siente, y como se siente se obra, La idea, la voluntad y la acción, son los tres eslabones de una cadena moral é intangible, pero más resistente que si fuera de hierro y que á ningún poder humano le es dado romper. Nuestro siglo, no podemos engañarnos por más tiempo á nosotros mismos, piensa mal y mal siente, y como piensa y ama, es como obra.

¡En las ideas qué trastorno! ¡Cuánta ignorancia y cuánto error! La verdad es una. No hay ni puede haber sobre la tierra otra que la que irradie la cruz de Jesucristo. El evangelio, que es la plenitud de verdad en el orden filosófico: en el histórico, es la evidencia; no puede ser ya discutido siquiera y sin embargo, ¡que indócil es nuestro siglo para aceptarlo en su integridad y benéfica trascendencia! Todos los esfuer-

zos de la inteligencia humana en nuestros tiempos, parecen no tener otro objeto que alcanzar el error y ensalzarlo bajo todas fases aun las más absurdas é insensatas. Los pueblos, lo mismo que los individuos, parecen no tener otro afán que volver la espalda á la verdad.

No hablo de los que viven en la ignorancia, de los que aun están sumergidos en Asia, Africa y América, en las densas tinieblas de la idolatría y de la barbarie. En el mundo civilizado, en el que otra vez fué cristiano, cuán poca es la fe que se encuentra ya. Rusia, que por sí sola es un mundo, es cismática toda: Alemania en casi toda su multiplicidad es protestante é incrédula; Inglaterra lo mismo; Francia, Italia y hasta España, cuando no son netamente impías, tratan de ser católicas á su manera; de inventar, como nosotros lo pretendemos ahora, un catolicismo á nuestro agrado que se amolde á todas nuestras pasiones, y que sea conciliable con todos los errores del mundo y todos los caprichos del poder. Si el catolicismo no fuera la inflexible verdad, ya los sabios y los políticos hubieran encontrado el mo-

do de conciliarlo con el budismo, el mahometismo, con el deísmo y hasta con el ateísmo. Parece, en efecto, que todos los poderes han recibido la consigna de coligarse en guerra implacable contra la verdad eterna.

La literatura, por su parte, también ha entrado en la liga. La pretendida ciencia actual todo su empeño lo dirije á demostrar que el hombre desciende del mono y que la materia piensa. Los poetas y novelistas más religiosos son panteístas, y los más francos ateos. Por no creer en la verdad muchos afectan creer hasta en la transmigración de las almas. Para la mayor parte de los novelistas el bien y el mal no se distinguen esencialmente; para los escritores dramáticos, los periodistas y oradores parlamentarios, el individuo es impecable é inconsciente, y sólo son responsables la sociedad que no educa, las pasiones que ciegan y el fanatismo que degrada á los hombres. Un impío muchos volúmenes ha escrito para demostrar que los siete vicios capitales son los siete veneros de toda virtud.

Y no hay exageración. Este es el espíritu de la literatura actual. En nuestro país, hoy, en estos momentos, la prensa periódica y

nuestras corporaciones literarias se ocupan en discutir, casi en demostrar, que el suicidio no es más que el legítimo ejercicio de un derecho que la naturaleza ha concedido al hombre. Afortunadamente esta cuestión la tienen resuelta ya los brutos, pues ningún potro salvaje se arroja al precipicio, ni hay chacal tan feroz que entre á las llamas arrastrado por su propio instinto.

Por increíble que parezca, nuestro siglo que tan mal piensa, peor siente. ¿Qué es lo que ama? Estamos en pleno reinado de los sentidos. Por nuestros sentimientos no seríamos extranjeros en la Grecia de Alcibiades, ni en el imperio romano de Tiberio y de Claudio. Los espíritus más elevados son los que se limitan á la codicia del oro y de la vanidad: pues los demás se agitan en un cieno que no puede removerse ni con el pensamiento, sin sentirse ahogado por sus miasmas Los teatros, las tabernas, los clubs, todas las reuniones públicas, ¿qué espectáculos ofrecen? Aunque más sangrientos, no eran peores los del circo romano. Nunca había tenido tantas sucursales el infierno sobre la tierra. ¡Oh, espanta la podredumbre del corazón de nuestro siglo! Me oyen niños y

me escuchan mujeres, y yo no podría, sin escándalo poner el dedo sobre la llaga; pero afortunadamente no necesito demostrar lo que palpan todos. Ningún siglo había amontonado en su alma tanto lodo como el nuestro.

Y sus obras son dignas de sus sentimientos. Hemos llegado al crimen heroico. Los internacionalistas, y de ellos hay millares de millares en el mundo, tienen un programa digno de estar suscrito por el mismo Satanás. Piden nada menos que la abolición de Dios en el orden religioso, de todo gobierno en el social y la de la familia en el doméstico. En París, la mayor parte de los incendiarios eran mujeres, es decir, el sexo de la ternura; y niños menores de doce años, es decir, la edad de la inocencia. Los pueblos por entretenimiento se insurreccionan; y los individuos, por lujo propalan y sostienen las teorías más criminales y disolventes. El mando, que antes era una misión dimanada de Dios, hoy es una grangería que pertenece al más diestro ó al más osado. Los más tiernos lazos de la familia, apenas pueden respetarse hoy, sin ponerse en ridículo.

¿Qué es esto? ¿A dónde vamos á parar? Evidentemente el mundo no puede continuar así. En presencia del estado que guarda, Gaume el implacable, el pensador en bronce, cree que su fin se acerca sin remedio. Si algún hilo queda de esperanza, ¿cuál será este? El poder no. Está demente y ha hecho pacto expreso con el mal, de que lo dejara en libertad y lo ayudara cuanto pueda, para que venza el bien. La prensa tampoco. Nada pueden las palabras contra los hechos. ¿Qué valen razones para espíritus que conocen la verdad, pero la niegan; que están convencidos del bien, pero lo aborrecen? ¿Qué discusión es posible faltandola buena fe y lo que es peor, la buena voluntad? Una sola esperanza queda en el orden humano. La educación de la niñez.

Cuanto se haga con las generaciones presentes, las que están formadas ya, es inútil; no hay medicina bastante eficaz para tornar á la vida á un cadáver. Nuestro siglo es un muerto de muchos días, y ya no hay otra cosa que hacer con él, mas que arrojarlo á la fosa. Está ya agusanado; que le devoren los buitres. Los esfuerzos de todos los hombres buenos deben referirse á

las nuevas generaciones. En el futuro está su verdadero campo de batalla. ¡Pobres niños! Que no vean nuestros ejemplos porque van á crecer locos. ¡Enmienda y arrepentimiento! Nuestra experiencia es bien triste. Ya no más libertad de pensamiento, ni civilización indefinida, ni progreso sin término. Virtud y juicio. Nuestro Catecismo del P. Ripalda, muchas persignadas y mucho temor de Dios. Menos patriotismo, y más trabajo y más honradez. Menos filantropía y más caridad. Menos amor al género humano en el orden especulativo é impracticable; y más justicia y más respeto en el orden práctico y concreto. Toda esperanza debe tenerse con los ojos vueltos hacia el porvenir. Lo que no se alcanze por medio de la educación, por ninguno otro es asequible

No puedo asistir nunca á solemnidades como ésta, sin ternura y sin un sentimiento de profunda gratitud. Los niños son lisonjeros como una esperanza, y el magisterio es santo como una segunda paternidad. Me conmueve verdaderamente un abismo de abnegación, que estoy presenciando y que no podría ocultar á los que me escuchan sin cometer un crimen de ingratitud. Nunca podremos comprender lo mucho que á nuestros maestros debemos. Me admira y me edifica que el mismo que ahora enseña á estos niños el alfa de la ciencia, sea el que en el mejor plantel de educación que el país haya tenido, explicó durante muchos años á millares de discípulos, las profundidades de la jurisprudencia romana: esa pirámide de Cheops del pensamiento humano; ese abismo de justicia y sabiduría. Antes de serlo vuestro; fué nuestro maestro en la ciencia de la justicia. Amadle, niños, como nosotros le amamos.

¡Ojalá y sus nobles esfuerzos sean eficaces! Si la educación de la niñez no vuelve al mundo á sus verdaderos caminos, entonces ya no queda más que una sola esperanza....lo desconocido.... que es el recurso final á la Providencia. Pero Dios que es la sabiduría, es tambien la misericordia inmensa y la justicia infinita. Muy bien puede ablandar con miel corazones de bronce; pero también puede, si su indignación estalla, fundirlos con fuego.

Niños, tened compasión de nosotros. En vuestras débiles manos está el porvenir del

mundo. Si sois buenos, es decir, si sois cristianos, se salva. ¡Quién lo había de creer! Este ejército de pequeñuelos, es el único capaz de cerrar el paso á los comunistas Ya el petróleo está untado en toda la redondez de la tierra, y si ellos no lo pisan, levanta llama y nos abrasa á todos. Por piedad sed buenos. Grabad bien en vuestro corazón, esta máxima que es el compendio de toda ciencia: el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Niños, os lo suplico otra vez, y desde el fondo del alma, por piedad, sed buenos.

Y nosotros hombres, oremos y temblemos: roguemos á María detenga el brazo de la Omnipotente Justicia. El mundo está en crisis; ya el infierno agujereó la tierra y sobre ella se está vaciando. Al borde estamos del abismo: ya están listos y en orden de batalla, incontables ejércitos de masones y comunistas; y como su cauda de fuego, legiones de demonios!

En vista de tan incomparable y tan inminente peligro, sean estas nuestra última convicción y nuestra última palabra:

¡La educación católica salva al mundo, ó el petróleo renueva la faz de la tierra!

DISCURSO

pronunciado

en la solemne Distribución de Premios del Colegio Católico

del

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

DE PUEBLA,

el 30 de Octubre de 1893.